Comentarios de la Lección

I Trimestre de 2011
Jesús lloró: La Biblia y las emociones humanas

Lección 4
22 de Enero de 2011

Las relaciones

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *"Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esta es la ley y los profetas"* (Mateo 7:12).

Introducción

¡Cuán complicadas están siendo las relaciones por estos días! Es creciente el número de matrimonios que se separan. En muchas empresas el clima entre el personal tiende a ser cada vez más tenso. En el tránsito, la gente se pelea por nimiedades, y hasta ocurren muertes. Entre vecinos parece que siempre hay un desencuentro. En las escuelas y las universidades también está aumentando la tensión. La semana pasada un profesor de educación física de una universidad fue asesinado por un alumno. Yo mismo he sido amenazado por el mismo motivo: las calificaciones. Es cada vez mayor la cantidad de personas que culpan a los demás por sus fracasos, o por su falta de empeño. Por pequeños motivos, y a veces por ninguno, las personas se enfrentan y pelean.

Es en los hogares que se generan los problemas de la sociedad, Y los hogares están sin una orientación correcta para que exista una buena relación. Y las relaciones tensas, y aún más cuando hay odio entre personas cercanas, producen las condiciones para que exista la infelicidad y una vida insatisfactoria.

Hay dos clases de relación posible, y no hay otras posibilidades. Una clase es la típica del mundo; la otra, típica del Cielo. La relación típica del mundo es la relación de poder entre las personas. Hay una disposición de uno en mandar al otro, de dar órdenes, de imponerse, de querer ser más que el otro, de obtener una ventaja, de dominar. La relación típica del Cielo es exactamente lo contrario. Allí las personas están dispuestas a servirse unas a otras, a obedecer, a ser humildes, no están interesadas por un estatus, y jamás pasará por sus mentes la idea de subyugar a otro.

Cuando las personas quieren dominar, es fácil que surjan motivos para los desencuentros. Sólo el simple hecho de querer dominar ya genera una situación del tipo "yo soy

más que ustedes, y tienen que obedecer lo que yo diga". Y esto genera el contexto para el odio.

Cuando las personas sólo quieren servir, tal como Jesús lo ejemplificó en su vida, entonces el ambiente siempre estará lleno de cordialidad, pues el hecho de que uno quiera ayudar al otro jamás posibilitará que alguien se vuelva contra otra persona. No hay manera de que surja algún motivo de queja. Ese es el ámbito ideal del amor.

El amor para expresarse requiere intimidad, estar juntos, querer uno hacerle bien al otro. El odio provoca separación y desconfianza, y también el deseo de tomar venganza.

Si en un hogar las cosas no van bien, es por falta de voluntad de uno servir al otro. Si no existe esta disposición, se desarrollarán las condiciones para el odio, y los conflictos sucederán. Cuando las personas ponen en sus mentes el ideal de no ejercer poder, sino estar siempre listos a servir, cualquiera que sea el motivo para que surja un conflicto, éste no prosperará, pues el deseo de servir es el mismo deseo de hacer lo bueno y desearle lo bueno al otro. Y esto llevará a solucionar de manera conjunta cualquier diferencia que eventualmente pudiera surgir, para que el amor continúe subsistiendo. En realidad, para tener una buena relación es simple: sólo basta servir, como Jesús. Así también, para tener conflictos es bastante simple; sólo alcanza con querer dominar.

Completamente humilde y manso

En el universo tenemos dos ambientes opuestos: el Celestial, en toda la creación excepto aquí en esta tierra, y en la cual tenemos el otro ambiente, el dominado por el pecado. Sumerjámonos directamente en el ámbito celestial.

El ambiente celestial es paz, justicia, vida eterna y felicidad. Allí no hay disputas acerca de cosas como quién es superior, quién es más hermoso, quién tiene más, quién puede más. Allí no hay discusiones, peleas, o cualquier clase de polémica. Todos se aman.

¿Cuál es el secreto para que este lugar celestial sea radicalmente diferente del ámbito terrenal? Allí todos están dispuestos a servir. El énfasis en este lugar no es el "yo", sino el prójimo. Con este énfasis, no existe el menor interés, por más mínimo que sea, en valorar lo que sea que se relacione con el "yo", sino que toda la energía, y la capacidad son siempre dirigidas al otro. Allí, para ser mayor tienes que tener la mejor preparación para servir. Así, Dios es –de hecho– el Mayor, pues su capacidad de servir es infinita. Los ángeles son muy poderosos, pero no para sí mismos, siempre para el servicio a los demás. Todo en estos lugares celestiales está dispuesto para promover el bienestar y la felicidad de los demás. Entonces, si –como ejemplo– existieran tres trillones de seres en el universo, un único ser tiene a su disposición toda esa cantidad de voluntarios (menos uno) a su disposición: él mismo. Así funciona el cielo. Es lo que Jesús vino a enseñarnos cuando vivió en esta tierra.

Pero pocos comprenden plenamente esto. Aún siendo cristianos, aún dentro del pueblo de Dios, muy pocos son los que realmente buscan la humildad, los que renuncian al "yo". La mayoría de nosotros va por el camino de la perdición, o sea, hace lo que el mundo sugiere para algún tipo de promoción del "yo".

El ámbito de la tierra no es muy difícil de describir, es conocido por todos que todo lo de aquí es exactamente lo contrario al ámbito celestial.

Aquí, lo que vale es el “yo”. Los medios enfatizan mucho este egocentrismo, se ha convertido en un gran negocio. La valoración del “yo” va desde los meros adornos, entre los cuales el maquillaje es el más común, hasta el vestuario, los automóviles, el estatus social, los títulos que son ostensiblemente expuestos, los currículos que son enfáticamente divulgados, y la lista sigue. Y por otros caminos sigue la lucha por el poder, por dominar, por subyugar, por explotar, por denigrar al otro (como ocurre en el caso del fanatismo deportivo, aparentemente tan inocente) y tendríamos mucho más para agregar.

El resultado de nuestro ámbito es el malestar general, desde aquellos que tienen demasiado, pero que quieren más todavía (sin embargo se siente vacíos espiritualmente, no tienen privacidad y se sienten inseguros por la maldad); hasta los otros, que están debajo, y no consiguen al menos una vida mínimamente digna. En síntesis, no hay en este planeta un solo ser humano que sepa lo que realmente significa ser completamente feliz. Eso sólo lo sabrán los que alcancen la vida eterna. Y para eso, necesitarán aprender a ser completamente humildes y mansos; y añadimos: personas sencillas.

Compensando el mal con bendiciones

Este es otro punto en el cual en nuestro mundo de pecado la lógica está invertida en relación al Reino de dios. Aquí es normal, hasta se incentiva, que ante una ofensa exista una venganza. En el cielo es lo contrario: allí ante la ofensa existe la humillación.

No obstante, es curioso que en el cielo ¡nadie se tenga que humillar! Notemos cuán interesante es esto. Aquí, en nuestro mundo dado vuelta, si una persona hace algo mal, aún cuando sea involuntariamente, el que es perjudicado por ello siente el impulso de devolvérselo. Por ejemplo, si un conductor encierra a otro automovilista, como mínimo el que realizó la mala maniobra recibirá un bocinazo bien estruendoso, a través del cual se demuestre indignación. Y puede que las malas maniobras se continúen hasta que uno de ellos agreda físicamente al otro. Ha habido muertes en este tipo de acontecimientos.

En el Cielo, ¿qué pasa si en algún vuelo un ángel recibe un encierro de parte de otro? ¿U otra provocación cualquiera aún cuando sea involuntaria? ¿Qué sucede?

Analicemos esta hipótesis. El Cielo es un lugar perfecto, nadie comete un error allí, por más menor que sea. Por lo tanto, la posibilidad de una provocación involuntaria queda descartada. ¿Y las provocaciones voluntarias, que ocurren cuando deliberadamente un ser inteligente ataca a otro? Esta clase de cosas menos ocurren en el cielo, pues allá todos existen para servir, no para dominar o perjudicar. Allí todos se aman.

¿Y por qué razón todos son perfectos? Por un motivo muy simple: ellos obedecen la ley del amor, que enfoca todos los intereses en el prójimo, no en el “yo”. El amor desarrolla un sentimiento de empatía por los otros. Hace que las personas se relacionen con las otras siempre deseando su bien.

Ahora, reflexionemos un poco. En el Cielo, donde todos están siempre dispuestos a servir, donde los seres están continuamente propensos a perdonar, a humillarse, nunca tienen que perdonar y nunca tienen que humillarse. ¿Por qué? Porque allí, como se aman,

y porque anhelan servir al otro, se vuelve viable la perfección del amor, por lo que allí no se dan los errores ni las provocaciones voluntarias.

Aquí, en la tierra, ¿cómo funcionan las relaciones? Se ha desarrollado, luego de la entrada del pecado, el sentido de aprovecharse del otro y hacerlo un siervo de uno. Naturalmente aquí las personas buscan de todas maneras ser superiores a las otras. Entonces expulsan de su ser el principio de la Ley de Dios, que es el amor. No logran amar, o sea, servir. Necesitan dominar. Y eso también ocurre en nuestra iglesia. Estamos en un proceso de santificación, pero no todos tienen el deseo de ser transformados, pues la inclinación por los atractivos del pecado es potente, y esclaviza

Para llegar al lugar donde todos están dispuestos a humillarse y perdonarse, pero donde a la vez eso no es necesario, es preciso que se practique la humillación y el perdón. ¿Y qué son estas dos cosas? Humillarse significa, por ejemplo, restablecer una buena relación con el provocador si hemos sido provocados. Pero ¿acaso no es el que generó el problema el que debe tomar la iniciativa para restaurar las cosas? Puede ser, pero, ¿para quién es más fácil tomar esa iniciativa, el ofendido o quien ofendió? Quien ofende, por sí mismo, ya está en una situación menos favorable a cambiar de actitud, y tomar la iniciativa de buscar la reconciliación. Esto siempre es más fácil para el ofendido. Por eso, la sabiduría divina propone que quien haya sido ofendido, ese es que debe tomar la iniciativa, no queriendo decir con ello que el que provocó el problema no deba hacerlo. Eso significa humillarse, o sea, dejar de lado cualquier sentimiento de orgullo, por más derechos que tengamos, y vayamos al encuentro de quien nos ha perjudicado para hacer las paces.

¿Y qué es el perdón? Es declararle al otro que nada debe de aquello que hizo, pues todo ya ha sido solucionado. Si todos actuaran así, la realidad en nuestra tierra sería como en el Cielo: nadie ofendería y nadie tendría que humillarse.

Para finalizar, ¿quién sino Jesús fue quien más se humilló, para con eso reconciliarse con nosotros? ¿Quién ofendió? Fuimos nosotros, comenzando con nuestros primeros padres. ¿Puede esperarse, por ventura, que algún ser humano tome la iniciativa en busca de reconciliación con Dios? Si Jesús no hubiera venido aquí a la tierra humildemente para reconciliarse con nosotros, de nuestra parte nadie estaría dispuesto a hacer el camino inverso, y estaríamos todos perdidos, para siempre.

La sabiduría “de arriba” es superior.

El perdón

En primer lugar, reflexionemos sobre lo qué en realidad es el perdón. Es una firme decisión personal de interrumpir definitivamente cualquier resentimiento contra otra persona por alguna ofensa. Con el perdón cesa la exigencia del castigo, la restitución o algún mal sentimiento. Quien perdona olvida totalmente la ofensa, y eso es algo sincero y definitivo. El perdón no impone condiciones para ser ofrecido, no humilla para perdonar. Es en la actitud que se reconoce el perdón verdadero, no tanto con las palabras. Por lo tanto, perdonar es bastante difícil; en rigor de verdad, sólo Dios tiene la capacidad de perdonar ciento por ciento a un pecador. La mayoría de los perdones entre los seres humanos son en rigor de verdad sólo intenciones pasajeras. Quien perdón olvida la ofensa para siempre. Quien perdona ya no quiere recordar otra vez lo que fue hecho. El perdonado puede

saber o no de este acto. Con el perdón, la reconciliación se ve altamente favorecida. Un bello ejemplo de perdón se encuentra en la parábola del hijo pródigo (Lucas 15:11-32), y en las palabras de Jesús en la cruz: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34),

Una cosa es el perdón, y otra –muy diferente– son las consecuencias de los errores (o pecados). Por ejemplo, se alguien ha denigrado el nombre de una persona en Internet, el que fue perjudicado puede perdonarlo, pero el mal contenido en la red de computadoras jamás será excluido, pues eso ya habrá llegado a la memoria de muchos computadores personales. Este es sólo un ejemplo de cómo se puede perjudicar a una persona para siempre.

Otra cuestión relacionada con el perdón, es la reposición. Si una persona no pagó una deuda, el acreedor puede sentirse ofendido en su derecho de cobrar tal deuda; puede perdonar esa ofensa, pero aún así puede continuar exigiendo el cobro de dicha deuda. Si lo desea puede perdonar las dos cosas, pero con el consiguiente riesgo de estar favoreciendo la costumbre en el deudor de convertirse en un mal pagador, o en una persona relajada que no planifica bien sus gastos.

Vamos a hacer una clasificación simple de las ofensas, sabiendo que todas las ofensas conducen a la muerte. Ellas pueden ser esporádicas y rutinarias. Las esporádicas pueden ser voluntarias o involuntarias. Las ofensas esporádicas involuntarias son muy comunes: ocurren cuando sin querer ofendemos a alguien. Por ejemplo, en un sermón un orador puede ofender a algún oyente por alguna frase dicha.

Estas ofensas esporádicas involuntarias pueden ser aparentes o reales. Son aparentes cuando el ofendido ha malentendido alguna cosa que hemos dicho o hecho, y será real si –de hecho– lo que dijimos o hicimos alcanzó a alguna otra persona.

La ofensa voluntaria es más complicada. En ella hay intención de obrar mal. Puede ser esporádica o rutinaria. Será esporádica si la persona ofende a otra raramente; pero será rutinaria si eso sucede con frecuencia. Esta última situación puede darse en el hogar, en el lugar de trabajo o entre amigos; o sea que siempre ocurre entre conocidos o amigos, personas de relación frecuente. Tales tipos de ofensas lesionan la amistad y perjudican la relación. Con el tiempo derivan en intolerancia de parte del ofendido. Generan un clima tenso que destruye la felicidad, así como de la esperanza de que haya días mejores. Es el tipo de ofensa que más carece de perdón y reconciliación, así como tal vez de ayuda para que quien ofende de ese modo, pueda cambiar de actitud.

Hay otra categoría de ofensa, la que causa algún perjuicio. Este perjuicio puede ser en la reputación, en su salud, en su bienestar, en sus bienes, en su desempeño profesional, en su espiritualidad. La lista aquí es bien larga. En este caso también puede, y debe, existir el perdón, y quien ofendió debería esforzarse en reparar el daño, lo que no siempre es posible. A veces se puede compensar en su totalidad, otras veces, apenas en parte, y a veces no se puede restituir en nada, como es el caso de que la ofensa de cómo resultado la muerte.

¿Quién sabe? Tal vez podría darse otras categorías de ofensas, pero todas ellas tienen un denominador común: son pecados, y si no existe el deseo de perdón y de cambio, quien las hizo ciertamente perderá la vida eterna. Pero siempre que se sepa que alguien ofendió a otra persona, no importe en cuál categoría de ofensa se encuadre, es impres-

cindible la búsqueda de reconciliación, pues eso forma parte del estilo de vida de las personas que quieren ser salvas para vida eterna. El perdón es una sabia solución para las ofensas, además, es la única solución. Y quien pide perdón fácilmente deja de cometer aquél error del que se humilló para ser perdonado.

Se presupone que el perdón deba existir antes de la reconciliación; sin perdón no hay modo de que haya reconciliación. Y sin reconciliación la vida se va deteriorando, hasta que sobreviene alguna separación o incluso la tragedia. Con el perdón se puede revertir una tendencia que empeoraba, pero eso sólo será real si el perdonado siente el deseo de perdón, o sea, siente ganas de cambiar de actitud. Si una persona perdona, pero la otra no tiene deseo de cambiar de actitud, quien perdonó será salvo, pero la otra persona estará perdida. Aquí estamos tratando la condición para escapar de la muerte eterna para alcanzar la vida eterna. Sin el perdón nadie se salva. Y me estoy refiriendo al perdón divino. Pero si aquí en la tierra una persona es perdonada por Dios, y –no obstante– no recibe el perdón de quien ella ofendió, aquella otra persona, la ofendida, se perderá, y esta se salvará.

La reconciliación es tan importante que Jesús enseñó al respecto, diciendo que, si un adorador estuviera ante el altar, listo para presentar su ofrenda por sus pecados, y en aquél instante recuerda a alguna persona que tuvo algo en su contra, debe dejar la ofrenda y proponerle a la otra persona la reconciliación. Notemos que la otra persona era la que había obrado mal. Aún así, debe actuar en busca de reconciliación. Aquí hay sabiduría divina, pues es más fácil que el ofendido vaya en busca de quien ofendió para proponer la reconciliación, que lo opuesto. Pero eso no quiere decir que la otra parte, quien ofendió, no deba tomar la iniciativa.

El perdón es una ciencia divina, no es cosa de este mundo. Para poder perdonar o aceptar el perdón, debemos aprender acerca del amor de Dios. Sin este conocimiento no hay manera de perdonar de verdad; sin conocer el amor, el perdón será efímero, es decir, “perdono, pero no olvido”. Pero esto no es perdón, es apenas una situación de conveniente restablecimiento de la paz hasta que se quiebre por alguna otra ofensa, o el sentimiento de la ofensa anterior brote nuevamente, y el problema se agrande aún más. El perdón es divino y nosotros tenemos que aprender esa ciencia por la cual se puede resolver cualquier problema.

Confesarse mutuamente los pecados

“Por lo tanto, confesaos vuestras faltas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho” (Santiago 5:16).

¿Qué es confesar? Es declarar ante el afectado: “he pecado contra ti. Asumo la responsabilidad de mi pecado y quiero reponer el prejuicio en lo que fuere posible y pido humildemente que me perdones por lo que hice. Quiero ser tu mejor amigo”.

Obviamente, no necesitas decir todo eso, pero confesar un pecado, que es lo mismo que pedir perdón, involucra todo eso. Si no fuera así, sería apenas un arreglo que durará poco tiempo. Una solicitud de perdón está siempre asociada a la confesión, e involucra la reposición del mal causado. Pero esa reposición no siempre es posible de manera total. A veces ni siquiera se puede reponer parcialmente. Por ejemplo, si por mi comportamiento malo he provocado la muerte de alguien, no podré hacer que esa persona reviva

ni siquiera por un minuto. O si postée en Internet fotos vergonzosas de alguien, después de retirar las fotos de la página web donde fueron subidas, habrá otras personas que las copiaron, y no podremos recuperarlas más. Si alguien desparrama un chisme en contra de alguien, luego que se esparció jamás podrá hacerse desaparecer. La persona que lo hizo causa un gran perjuicio, lo que lleva a una deuda impagable, sólo se liberará de esa deuda si la otra parte la perdona por completo. Ese es un tipo de perdón complicado, pues puede generar la sensación de impunidad. A veces es necesario el dolor para que alguien aprenda a no perjudicar a otras personas. Otro caso es, por ejemplo, el del abusador o del pedófilo. Una persona así puede ser perdonada por la víctima y por sus familiares, e incluso por Dios, si se arrepiente. Pero los efectos del acto jamás serán borrados, a no ser en el día de la transformación. Y esa persona, para su bien y para seguridad de la sociedad, puede quedar presa, quién sabe, por el resto de su vida, pero ni el perdón ni el arrepentimiento significan transformación completa. Su punto débil puede retornar si es liberada de prisión, por lo tanto es mejor que se salve para vida eterna en prisión, que se pierda libre, al volver a practicar el delito.

El arrepentimiento, la confesión y el perdón, dependiendo de lo que hecho, no son cosas tan simples. Es un conjunto de decisiones muy complejo y doloroso. Para que el perdón tuviera valor legal, Jesús vino a morir en la cruz. El perdón tiene un precio enorme: la vida de Jesucristo. Y me estoy refiriendo al perdón de Dios.

Por otra parte, no siempre debemos confesar nuestros pecados a otra persona, aunque sí a Dios. Si hicimos algo que nadie descubrió y que no haya causado prejuicio alguno a otra persona, que nadie lo sepa y que se lo confesemos únicamente a Dios. Los pecados secretos deben quedar sólo entre el pecador y Dios. Pero si una o dos personas lo supieron, debemos confesárselos a ellas, además de a Dios. Es decir que quien nada tenga que ver con nuestro acto ilegal no tiene porqué saber de él. Si tú deseas una reforma en tu vida, un cambio de vida, si desde ahora en adelante anhelas vivir en obediencia a Dios, ¿qué contribución significará informarle a otros, que no lo sabían, los malos actos que ahora pasas a detestar? Para nada, por el contrario, esa información sólo irá a denigrar y dificultad la construcción de una nueva reputación.

El arrepentimiento, la confesión y el perdón son elementos necesarios para el restablecimiento de una buena relación, lo que se denomina reconciliación. Para reconciliarme con alguien a quien perjudiqué, es obvio que debo confesar, esto es, admitir el error, y declarar que ya no deseo actuar más así. Si no procedemos de este modo, ¿cómo la otra persona tendrá al menos la mínima evidencia de que estoy decidido a no perjudicarla más para reactivar la relación de amistad conmigo? Pero si confieso, esa otra persona hasta puede ayudarme a vencer ese punto débil, se puede convertir en una aliada, y la amistad podría ser de compromiso mutuo por la victoria.

Por otra parte, tal como el versículo central de esta sección lo dice, debemos orar para ser sanados, y cuánto puede la oración de un justo. ¿Qué significa esto? Que de nada sirve orar si estamos en deuda con un hermano. Un pecador contumaz, que no se arrepiente de lo que sabe que ha hecho mal en su vida, si ora por la salud de alguien, no será escuchado, o –mejor aún– no puede ser escuchado. Si fuera escuchado, Dios estaría avalando, o incluso premiando, el pecado. El poder de la oración, así lo deja bien en claro el versículo, viene de la oración de un justo, o sea, de un pecador que se haya arrepentido. No obstante, si aquella persona ora y pide sinceramente a Dios que le ayude a vencer su pecado, este pedido sí será escuchado.

Edificándonos mutuamente

Es importante que tomemos mayor conciencia de lo que significa el hecho de que somos "seres sociales". Somos dependientes unos de otros y cada uno depende de Dios. Por lo tanto, eso significa que debemos relacionarnos unos con otros, sin perjudicarnos.

Los seres sociales interactúan. El intercambio de ideas, de favores, de conocimiento, de recursos, es típico de los seres sociales. Eso es lo que quiere decir la expresión. Como nos necesitamos unos a otros, tenemos que intercambiar experiencias, pues lo que uno no sabe, otros sí lo sabe, y nos podemos ayudar y completar mutuamente. La relación nos hace bien a todos, ya sea a quien presta la ayuda, como a quien la recibe. La interacción es para nuestro propio bien.

Intenta imaginar cómo sería el mundo si todos los seres humanos fueran independientes, y no hubiera necesidad de relaciones, ni de la constitución de la familia, ni de otras organizaciones como empresas y sociedades. En una condición tal no habría relación, ni felicidad.

La felicidad tiene una condición sin la cual no puede existir. Si yo quiero ser feliz, necesito promover la felicidad en el otro. Esa es la condición básica de la felicidad. Y cuanto más cada uno de nosotros promueva la felicidad en el otro, más feliz será, pues –automáticamente– el otro hará lo mismo. Y cuanto mayor sea el círculo de personas para promover felicidad, mayor será. Como Jesús dijo, hay que servir para ser servido, y esto es la aplicación práctica de esa condición.

En un contexto de pecado, donde se introdujo el concepto de competición, que se acentúa cada vez más, lo que abarca las competencias en las escuelas hasta en las empresas y el mundo del deporte, enfatizamos el intercambio de informaciones y conocimientos, y casi nada en términos de amonestaciones. La amonestación es imprescindible en una relación social. O sea, siendo todos nosotros pecadores, es seguro que cometemos errores, y un pecador tiene menos capacidad de percibir sus errores que los demás. Pero, ¿qué es lo que generalmente se hace? Se comenta con otros tales errores, y nada se habla con quien lo comete. Intercambiar ideas sobre el error de un tercero, para prevenirse o preparase para ayudar a esa persona, es bueno, pero sólo comentar, sin hacer nada, allí ya se transforma en chisme, pues es comentar sólo con la intención de comentar, sin generar beneficio alguno.

Hablar sólo lo que está bien, en un contexto de pecado como el nuestro, no va a edificar nada, pues las personas continuarán sin percibir sus errores, Hasta incluso podrán mejorar en lo que hacen correctamente, pues están siendo incentivadas para eso, pero también continuarán empeorando en aquello que están haciendo mal, pues no hay identificación del error y ninguna orientación acerca de librarse de él. Elena G. de White, bien basada en la Biblia lo dijo. “"Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado. Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio" (Hebreos 3:12-14).

Por lo tanto, como dice Mateo 7:12, "todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esta es la ley y los profetas". Esta frase es paralela a aquella que enuncia que hay servir, no ser servido. En otras pa-

labras, representa la fórmula de una buena relación para que realmente seamos seres sociales, y no enemigos mortales. En síntesis, necesitamos esforzarnos para generar una sociedad en el hogar, en la iglesia, y –en un sentido más amplio– para que las personas procuren ayudarse e incentivarse en aquello que hacen bien y en amonestarse en aquello que estén haciendo incorrectamente.

Aplicación del estudio

Algunos consejos bíblicos extraídos de Efesios 4:25-32:

- "Si os enojáis, no pequéis. No se ponga el sol mientras estáis enojados".

Eso significa que Dios permite que quedemos irritados con algo que nos afecte negativamente, pero que debemos resolver esa cuestión en el mismo día, y que al ir a dormir, no haya ningún problema pendiente. De otro modo, que no nos desentendamos con otra persona si buscar la reconciliación. Enojarse es una cosa, pecar es lo que viene después del enojo, la ira prolongada, el desentendimiento, la lucha, la relación rota. Antes de que se desencadene una secuencia de hechos negativos, que se busque la solución como ya hemos venido analizando, a través de la vía del arrepentimiento y del perdón.

- "Ninguna palabra malsana salga de vuestra boca, sino la que sea buena para edificar"

¿Has escuchado hablar de Wikileaks? Se trata de un sitio en Internet que se ha especializado en publicar correspondencia confidencial de las autoridades gubernamentales y diplomáticas. No son pocos esos cables, y otros documentos, generalmente del cuerpo diplomático, y referentes a personas importantes de otros países. Por ejemplo, publicaron lo que la diplomacia norteamericana escribió acerca del presidente Berlusconi, de Italia; sobre Rusia, y hasta el Vaticano y el Papa. No eran comentarios constructivos, sino bastante embarazosos, casi al nivel de chisme, que dejó al gobierno de los Estados Unidos en una situación vergonzosa. No siguieron la recomendación bíblica. Por lo tanto, en todo lo que hablemos, tengamos en mente si es constructivo, para que no perjudique a otros o a nosotros. Las palabras irreflexivas, como en el caso citado, pueden volverse un bumerán, y generar una situación embarazosa para quién las pronuncie o escriba.

- "No entristezcáis al Espíritu"

¿Cómo se puede entristecer al Espíritu Santo? Cuando se cometen errores conscientes. Y especialmente si no tenemos deseos de ser transformados por Él, a fin de dejar el hábito de pecar y no arrepentirse. El Espíritu Santo se entristece sobremanera cuando Él no puede hacer su parte, que consiste en transformarnos y santificarnos.

- "Libraos de toda amargura, enojo, ira, gritos, maledicencia y de toda malicia".

En síntesis, todos los sentimientos y las prácticas que generen algún problema de relación entre los seres humanos, quedamos lejos de ellos. Ya alcanza con que los otros generen problemas. Es la misma historia de la probabilidad de accidentes de tránsito. Si nos cuidamos y seguimos las reglas de tránsito, las probabilidades de que suframos un accidente será menor. Esa probabilidad no desaparece, pues

hay otros que no toman los debidos recaudos. Pero si hacemos nuestra parte, al menos se reducirá, y eso ya es una ventaja.

- "Sed benignos, compasivos unos con otros, perdonándoos unos a otros, como también Dios os perdonó en Cristo".

Terminamos como comenzamos, ser buenos unos con otros, y cuando fuera necesario, estar dispuestos a perdonar, así también como a pedir perdón. Haremos así como Cristo también al perdonarnos allá en la cruz, cuando era odiado en la mayor intensidad en la que alguien podría ser odiado, pero sin motivo alguno. Aún en esas condiciones, Él perdonó.

Sólo una advertencia importante. La Lección de esta semana enfocó la cuestión solo parcialmente. Sólo se ocupó del lado del perdón, nada agregó acerca del lado de la exhortación, tema que intencionalmente incluimos en apartados anteriores. Como somos pecadores, sólo el perdón no es suficiente, puesto que los pecadores se acostumbran a determinados tipos de pecados y ya no los perciben como peligrosos. Muchas veces la rutina de un determinado pecado es tan intensa que la persona ya no lo considera pecado, sino hasta como algo positivo. Esa persona, si nadie le llama la atención y le hace ver los hechos en toda su dimensión y peligro, no saldrá de su debilidad y se perderá para siempre. Por lo tanto, entre nosotros los pecadores, la exhortación es imprescindible, pues a través de ella los demás, que por allí perciben más fácilmente lo que no hay de bueno en nosotros, pueden alertarnos y ayudarnos a vencer nuestras debilidades. Los verdaderos amigos no esconden los hechos que nos pueden llevar a fracasos, sino que nos advierten y nos ayudan a superar nuestras deficiencias. Necesitamos perfeccionarnos en la exhortación, así como en el pedir perdón, como el perdonar.

Prof. Sikberto R. Marks



Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática